

to hasta la fiebre, destrona á Osían por Shakespeare, repudia á voces las convenciones clásicas, va á pedir su luz al Oriente y sucumbe á su vez, habiendo apenas iniciado su campaña. El autor de la *Entrada de los Cruzados en Constantinopla* personifica con soberano esplendor la explosión romántica. Sin duda hay turbación en sus vistas, pues vive demasiado en sí mismo y en sus lecturas: nunca se complace en evocar la vida sino á través de las leyendas y poemas; tiene sobrada afición á los dramas de espectáculo y concede demasiada importancia á los detalles pintorescos, á los oropeles singulares. Sólo que á cada instante llega á la emoción. Sus amigos declaran que rara vez trabajó pintando del natural, temiendo por encima de todo enfriar el movimiento de sus héroes. No importa, puesto que tantas veces consiguió su objeto.

Máximo Du-Camp refiere una anécdota en que se revelan al vivo los arrebatos é inquietudes del pintor.

«Un día, dice, estaba yo en el estudio de Delacroix, situado en la calle de Nuestra Señora de Loreto, y arrellanado en un diván lo miraba pintar. Estábamos en silencio y sin duda se había olvidado de mí. Pintaba una *Fantasia* de pequeñas dimensiones: un jinete al galope que lanza su espingarda al aire y levanta la mano para recobrarla al vuelo.

»Delacroix estaba muy animado y su pincel tomaba en su mano una agilidad sorprendente. Pero la mano del jinete se agrandaba cada vez más, de tal manera que apareciendo ya mayor que la cabeza no pude menos de exclamar:

—»Pero mi querido maestro, ¿qué estáis haciendo?

»El maestro dió un grito de espanto, como si se hubiera despertado en sobresalto, y me dijo:

—»Hace aquí demasiado calor y estoy loco.

»Después, tomó su cuchillo de paleta y quitó la mano de una vez. Tenía una expresión fiera y se puso á raspar algo del fondo como para calmarse.

—»Se hace de noche, me dijo luego, ¿queréis que salgamos?

»Algunos minutos después marchábamos juntos en silencio. En la calle de Laffitte se detuvo delante de la tienda de cuadros, y estuvo mirando buen espacio al través de los cristales un lienzo suyo. Un torbellino rojo, armado de un dardo é hiriendo á Arquímedes sentado á una mesa, en que se ve con sorpresa un tintero de plomo con una pluma.

»El maestro me dijo:

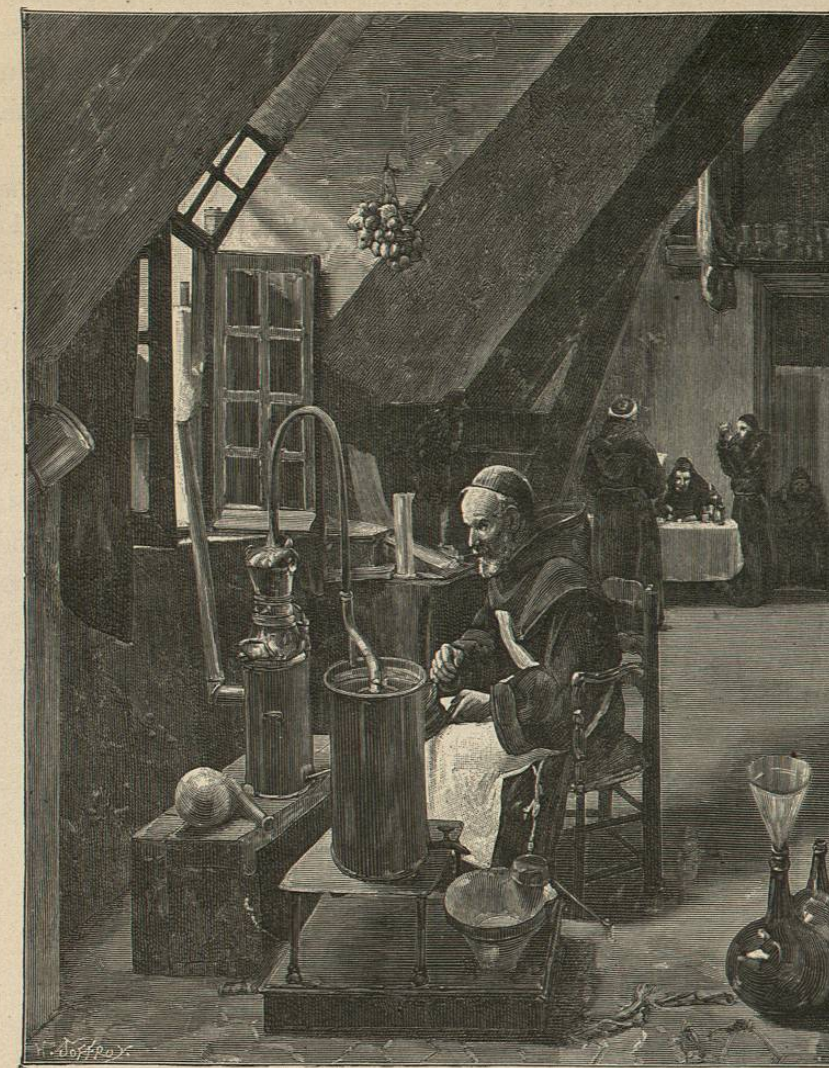
—»Por fuera veo mis cuadros; en mi casa no los veo. Como Sancho en la ínsula Barataria, tendría yo necesidad de un médico que me tocara en el hombro, cuando estoy en peligro de una indigestión.

»Continuábamos nuestro camino y yo escuchaba.

»El maestro añadió:

—»¡Qué miseria la nuestra! ¡Ver obras maestras en la fantasía, contemplarlas, perfeccionarlas con los ojos del espíritu, y cuando queremos realizarlas en el lienzo, sentir que se desvanecen ó que se hacen intraducibles! ¡Ser como Ixion, precipitarse para abrazar á la diosa y no asir más que una nube! Cuando yo hago un cuadro, pienso en otro. Entonces obedezco á la fantasía que me arrebató, como habéis visto poco ha. Se dice que el trabajo es un enajenamiento de ánimo; nó, es una embriaguez: lo sé perfectamente.»

Esta escena nos evoca al natural, á lo que entiendo, el espíritu visionario y complicado de Eugenio Delacroix. La vida que fija en sus lienzos es con frecuencia febril hasta



F. Bonvin. El alambique.

el exceso, porque es demasiado intelectual é inventada para el detalle, en lugar de ser observada. Por eso toma él de mejor gana sus asuntos de los poemas y romances, de las leyendas y de la historia antigua, que de la existencia de todos los días. Sólo el Oriente tiene el privilegio de interesar sus costumbres, porque siendo la vida oriental más libre y violenta y estando más colorida y llena de sol, ofrece más lo imprevisto, más sorpresa exterior.

¿Qué se ha reunido de estas obras en la Exposición centenaria?

Una gran sinfonía épica en azul mayor sobre la *Batalla de Talleburgo*, dos ó tres episodios sacados de Shakespeare, como *Hamlet acababa de matar á Polonio*, dos ó tres escenas históricas, como *Mirabeau contestando á Dreux Brezé* y *Boissy de Anglas en la Convención nacional*, algunos árabes, algunas fieras, una *Marina* absolutamente bella y hasta maravillosa por su reposo, bien raro en su tumultuoso repertorio: *Las Costas de Marruecos*. En cuanto á la sociedad moderna, no veo ningún cuadro en que se haya dignado ocuparse de ella, salvo el cuadro de las *Barricadas* que domina una aparición casi fantástica de la Libertad.

Sea como quiera, la verdad es que Delacroix ha sido un fastuoso colorista, en el con-

cepto de la coloración, y un dramata a veces superior. Finalmente, á mirar bien la escuela formada á su entorno, se reconoce que no ha hecho esta escuela más que volver los datos clásicos sustituyendo con un artificio de desorden otro artificio friamente ordenado; pero á lo menos hase despejado la vía y los realistas no tendrán ya más que hacer sino marchar adelante.

Poco nos importa, después de todo, que los mejores cuadros como el *Nacimiento de Enrique IV*, de Eugenio Deveria, no tengan más que una apariencia teatral. Consideramos con indulgencia la grande anarquía estética en que luchan y de la cual salen las escenas orientales fabricadas por Alejandro Decamps, que por haber hecho un viaje á Oriente no ve ya más que de color de regaliz aun en el bosque de Fontainebleau; las anécdotas históricas, generalmente fúnebres, hechas con azufre y betún, de Roberto Fleury; los compromisos clásico-románticos de Ary Scheffer, de Luis Boulanger, de Ziegler, de Chasseriau y de P. Delaroche, corriendo tras el estilo académico en el hemiciclo de la Escuela de Bellas Artes, para expiar el ridículo de haber puesto tantas escenas de historia en escenas de ópera. Los románticos, excepto Delacroix, no han producido nada duradero, pero han hecho posibles todas las tentativas de sus sucesores, y por este solo hecho les debemos gratitud.

L. de FOURCAUD.

(Se continuará.)



LA EXPOSICIÓN FLUVIAL Y MARÍTIMA

El pabellón destinado á la exposición marítima, si no tiene el carácter esencialmente *marino* que se le habría podido dar, deja, sin embargo, muy atrás el modesto tinglado que se le destinó en 1878. Sus dimensiones son mucho más grandes, y los créditos concedidos al arquitecto le han permitido decorar las construcciones de una manera sencilla, pero atractiva.

La galería exterior está guarnecida de redes alternativamente negras y blancas para la pesca de arenques, produciendo bastante buen efecto, y los mástiles de señales izados en las torretas que flanquean el edificio central, indican pintorescamente su natural destino.

En el interior, á lo largo del friso, están alineados los nombres de nuestros principales puertos de mar: después de Cherburgo, Brest, Lorient, Rochefort y Tolón, nues-